

Libros

12

Chaves Nogales, presente histórico

El de Chaves Nogales es un rescate editorial que no cesa. Sigue la reedición de sus títulos, mientras la Feria del Libro de Sevilla rinde homenaje a su obra

La misión del periodista es andar y contar. En agosto de 1928, Manuel Chaves Nogales despegaba con un Junkers del aeródromo de Getafe en un viaje por Europa. Dieciséis mil kilómetros, anuncia el *Heraldo de Madrid*, por Francia, Suiza, la URSS, Riga, Berlín, Viena y Venecia. Un año después, la serie de reportajes dará **La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia Roja**, que reedita Libros del Asteroide. El periodista sevillano cita a Keyserling: intermediario del espíritu del mundo que nace, conjuga el presente histórico. Chaves Nogales ausculta el corazón de la tierra que pisa y lo cuenta con eficacia expresiva e intuición de lo por venir.

En la URSS del 28, el estalinismo no exhibe todavía su vocación genocida. Aunque no cultiva la literatura antisoviética, el cronista ve en el Partido una aristocracia que no consigue enterrar el alma eslava. En un zaguán de la Universidad Obrera entrevista a Ramón Casanellas, uno de los asesinos de Dato. Esa triste figura maquilla su resentimiento con «frases sueltas, disparatadas, incoherentes» de verborrea revolucionaria.

Crímenes e infamias

Los bolcheviques, anota al final del viaje, «no han conseguido sino aquello que los socialistas van logrando en los países capitalistas por medio de un procedimiento evolutivo. ¡Y para conseguir tan poco han sido necesarias esas infamias, esos crímenes de la Checa, las matanzas de Arkángel, el hambre, la guerra civil, el bloqueo, los niños abandonados y el Ejército Rojo!»

En el diario azañista *Ahora*, Chaves Nogales reitera su condición de liberal pequeñoburgués: candidato a la picota totalitaria. En noviembre del 31 recorre los campos andaluces. Todos lo esperan todo de la República. Las crónicas de **Andalucía roja y la Blanca Paloma** (Almuzara, 2012) –ya antologada

por Xavier Pericay en *Cuatro historias de la República* (Destino, 2003)– constituyen otra soberana lección del periodista que piensa por cuenta propia. A la tónica lucha de clases opone una simbiosis entre braceros y señoritos: «Donde el régimen tradicional subsiste y hay todavía señoritos, auténticos señoritos, con todas las características del señoritismo, los braceros viven; mal, pero viven. Donde no hay señoritos, donde se ha extirpado este anacronismo, los braceros están condenados a perecer de hambre».

Cruz en el ombligo

En la República sin republicanos de abril del 35, las cofradías vuelven a celebrar procesiones, pese a las pistolas del comunismo libertario. La Semana Santa, advierte el reportero, no la hacen los curas ni los gobiernos, sino los cofrades. En 1936 acompaña a un colega francés por la Romería del Rocío. El gabacho quiere presenciar la revolución, pero de los puños pasan a los brazos que portean en Almonte a la Blanca Paloma. Más paradojas: «Y al compás de las castañuelas, el guitarreo y las colas vuelven los romeros a Triana la Roja, toda marcada de hoces y martillos».

De 1929 a 1939 Chaves Nogales encarnó la extrañeza liberal en la Europa que incubó totalitarismos de los laboratorios de Moscú, Roma y Berlín: en la capital germana conoció en mayo del 33 a Goebbels. En la entrevista –recogida en **Bajo el signo de la esvástica** (Almuzara, 2012)–, lo describe «con su gabardinita y su pata torcida», pero no subestima al «patético y sectario» personaje: «Todos los niños que nazcan en Alemania traerán la cruz gamada en el ombligo», vaticina. El periodista liberal conjugaba un presente histórico a sangre y fuego: la (mala) suerte de las democracias –y la suya propia– estaba echada.

SERGI DORIA

LUZ QUE REGRESA

PERDURABLE COMPAÑÍA

W. S. MERWIN

Traducción y prólogo de Jeannette L. Clariond
Vaso Roto. Madrid, 2012
299 páginas, 24 euros

★★★★

Hay poetas cuya expresión se concentra en un género y su tono, con ligeras variantes, suele ser siempre el mismo: la sátira o la elegía es lo más común. La oda, al parecer, tiene menos adictos. Por eso sorprende la escritura lírica de William Stanley Merwin (Nueva York, 1927), que, en este libro, articula su «voz oracular» –como la llama su traductora, la mexicana Jeannette L. Clariond– en un sistema de dicción, moderno y clásico a la vez, que, en una nueva forma de canto, ressignifica el sentido perdido de las cosas.

Minúsculos detalles

Vates es el término latino que mejor define y que más exactamente corresponde a la tarea de un poeta como W. S. Merwin, que centra su atención en los detalles más minúsculos y en los matices más humildes de la vida, extrayendo de ellos un significado que nos comunica y nos hace compartir. La sencillez de su palabra y la humildad con que está dicha no debe ocultarnos dos elementos constitutivos de su poética: la complejidad de lo inmediato y el aura religiosa con que su palabra da transcendencia a lo inmanente.

Canto existencial, pero con formulación muy distinta a la de Rilke, la poesía de Merwin condensa menos el lenguaje que la situación, lo abstracto que lo concreto, lo colectivo que lo individual:

Eliot le llevó a Dante como Pound a los trovadores y a la música de lo provenzal. Pero, aunque Charles Simic elogie su amplísima cultura, lo que menos nos interesa de Merwin son sus fuentes, y lo que más, su modo de percibir e interpretar.

Ritmo del corazón

La idea de la traducción que Pound puso en sus manos Merwin la llevó hasta sus máximas consecuencias no solo en las versiones de poemas por él hechas sino, sobre todo, en su concepto del poema como ritmo propio del corazón. Lo que dota a sus textos de una emoción única, que le obliga a prescindir de las interpunciones y a optar por una disposición formal en la que predominan las frases yuxtapuestas, como si el poema careciera de partes y fuera en sí un todo que solo puede ser dicho de una vez.

Lo que dice nos parece similar a una «luz que regresa» a un lugar del que tal vez no ha salido nunca. Lo que intenta es congelar esos momentos recordados que tuvieron lugar en algún sitio, pero que no están ya en ninguna parte. Y eso, sin incurrir en las trampas de la elegía, porque Merwin afirma no saber de dónde viene todo cuanto nos pasa: si del pasado o del futuro.

De ahí este singularísimo modo suyo de recordar que focaliza el caos diario y nos lo hace ver a través de una lente de ámbar, pues sabe que «bajo el lenguaje / calla otro lenguaje» y que los días



Poetas como Emerson y Carlyle (sobre estas líneas) compartieron una misma espiritualidad que desemboca en Merwin (arriba), quien los considera sus maestros